



UN AÑO EN LOS BOSQUES SUE HUBBELL

PRÓLOGO DE J. M. G. LE CLÉZIO

TRADUCCIÓN DE LA OBRA DE MIGUEL ROS GONZÁLEZ
TRADUCCIÓN DEL PRÓLOGO DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

ÍNDICE

<i>La dama de las abejas</i> J. M. G. Le Clézio	9
UN AÑO EN LOS BOSQUES	15
AGRADECIMIENTOS	21
PRÓLOGO	23
PRIMAVERA	25
VERANO	65
OTOÑO	127
INVIERNO	179
PRIMAVERA	219

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2016

TÍTULO ORIGINAL: *A Country Year*.

Living the Questions

© Random House, 1983

By arrangement with the author. All rights reserved

© de la traducción, Miguel Ros González, 2016

© del prólogo de J. M. G. Le Clézio, Éditions Gallimard, 1988

© de la traducción del prólogo, Regina López Muñoz, 2016

© Errata naturae editores, 2016

C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310

28045 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-16-5

DEPÓSITO LEGAL: M-12403-2016

CÓDIGO BIC: BM

IMAGEN DE PORTADA: William Britten / Getty Images

MAQUETACIÓN: Alejandro Schwartz

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

LA DAMA DE LAS ABEJAS

J. M. G. Le Clézio

Cierto día, Sue Hubbell, bióloga de formación y bibliotecaria de profesión, decide cambiar de vida, harta de vivir inserta en la sociedad de consumo de la costa este de los Estados Unidos, en la que no encuentra su lugar. Así pues, siguiendo el ejemplo del pensador y naturalista Henry David Thoreau, emprende un viaje con su marido en busca de un lugar lejos de las ciudades. Finalmente, dan con una cabaña y una granja aledaña en las montañas Ozarks, al sureste de Misuri, y, como no saben nada de agricultura ni de ganadería, deciden fundar una «granja de abejas». Comienza entonces para Hubbell una aventura cuyas consecuencias ella misma no alcanza a imaginar. Pasan las estaciones, pasan los años, ya en soledad, pues su marido la ha abandonado, y esta mujer que de la naturaleza sólo poseía conocimientos teóricos va descubriendo la inmensidad del universo que ha escogido para sí: en esas hectáreas de colinas donde ningún ser humano se ha asentado desde la desaparición de los indios osage, la vida ha establecido sus propias leyes y reglas, tejiendo una red

de dependencia entre todos sus habitantes: las plantas, los insectos, las arañas, las serpientes, las aves, los mamíferos y hasta los ácaros y las bacterias. No es fácil acceder a semejante mundo. Y para Sue Hubbell supone una verdadera revolución vital. Ella, que creía saberlo todo acerca del mundo animal —merced a sus estudios—, descubre en esos acres de tierra que la naturaleza es la mejor maestra, porque no da siempre la misma respuesta a todas las preguntas y permite que el saber germine y madure, como todo lo que está vivo y es verdadero.

Lo que descubre, ante todo, es que no está segura de nada ni posee nada. Con la creación de una «fábrica» de miel en medio de esa naturaleza salvaje y aislada, Sue Hubbell aprende —lo afirma ella misma, no sin ironía— que las abejas saben más que ella sobre la fabricación de la miel. Su granja no es un negocio, sino un sistema de vida nuevo que le permite, gracias a sus dieciocho millones de emisarios, tomar conciencia de un imperio de plantas, árboles y flores. La extensión de su imperio —frente al que las más vastas colonias humanas se antojan irrisorias— modifica poco a poco las ideas y sentimientos de Hubbell, da un sentido nuevo a lo que otros seres humanos entienden generalmente por ética, responsabilidad, amor.

Este libro, escrito a lo largo de varias estaciones, es el diario de un aprendizaje. En primer lugar están la miel, el extenuante trabajo de las abejas, la búsqueda de los néctares, la ventilación de la colmena para favorecer la evaporación del agua, la alimentación de las larvas y de la reina. Faena extenuante también para Sue Hubbell, que cose-

cha, almacena y vende tres toneladas de miel. Y esta miel que le permite ganarse la vida es el símbolo mismo de las enseñanzas que recibe, porque en su mundo familiar y salvaje todo es misterio. Misterio del enjambre, misterio del lenguaje y la danza de las abejas, de su orientación, de su organización política, misterio de la reina y de su vuelo nupcial; y, por encima de todo, de la química mágica que transforma en miel el néctar de las flores. Son las abejas las que hacen a Sue Hubbell ser quien es, son ellas quienes mediante su fuerza y armonía sustituyen a la sociedad humana que ella rechazó. El saber que recoge con el paso de las estaciones está lejos de ser abstracto: es un hechizo, un poder casi sobrenatural que la convierte, como dicen los lugareños de los Ozarks, en la Dama de las Abejas.

Gracias a las abejas, esta mujer solitaria halló su lugar en las montañas. Gracias a ellas logró percibir la magia que sustenta a todos los componentes de ese pedazo de tierra. Estación tras estación, Sue Hubbell nos conduce —con meticulosidad, con humor— por el camino de las maravillas. ¡Y qué maravillas! Por un lado están los sonidos y la invasión de las ranas (¡que tanto repugnarán, si damos crédito a la Biblia, a un faraón de nervios frágiles!). Están también las serpientes, las boca de algodón, las víboras ratoneras que Sue Hubbell aprende a respetar (dado que tan pequeño animal es capaz de hacérselas pasar canutas a un perro grande). Están las arañas, monstruos tímidos y domésticos inventados por los urbanitas (la araña reclusa parda, por ejemplo, sobre la cual circulan las historias más terroríficas entre los habitantes de las

ciudades). Está la argiope negra y amarilla, «brillante y estilosa», con la que Sue Hubbell se siente muy identificada: «Ambas somos apicultoras; ambas nos ganamos la vida con las abejas. Mi método, en comparación con el suyo, parece excesivamente complicado: yo mimo a las abejas durante todo el año, extraigo la miel sobrante, la proceso, la embotello, la llevo en mi camioneta a Nueva York y se la vendo a Bloomingdale's; luego uso el cheque para comprar lo que necesito. Ella se limita a comer abejas». Están los ácaros rojos, que en el ser humano provocan unos picores que demuestran «una falta de adaptación al huésped», en palabras del biólogo Krantz. Y las cucarachas, que con doscientos cincuenta millones de años de antigüedad, probablemente sean «la forma de vida compleja más próspera que ha habitado este planeta».

Cada especie desempeña su papel en la armonía de esta parcela del mundo; cada forma viva tiene algo que contarnos y proporciona una respuesta a las miles de preguntas que la vida plantea. Este bello libro de Sue Hubbell es una sucesión de parábolas y leyendas; una de las más extraordinarias es sin duda la de los ácaros que viven en los oídos de las polillas. Si esos minúsculos animales se alojasen en ambos oídos del insecto, éste quedaría sordo y no oiría los ultrasonidos emitidos por el murciélago *Myotis lucifugus*, del que son presa habitual. Con el fin de sobrevivir, el parásito, al alojarse en el oído de la polilla, deja una marca para que sus congéneres no invadan el otro. Tamaña inteligencia —y respeto, añade Sue Hubbell con humor— en una criatura tan diminuta no deja de resultar vertiginosa.

La escritura de Sue Hubbell es maravillosa en todo momento. Su saber, la belleza de su estilo, su malicia vuelven perfectamente inteligible la sencilla lección que nos propone. No con grandes ideas, ni con palabras rimbombantes, sino mostrándonos todas las formas que la vida adopta a su alrededor: el vuelo de aves innumerables y conocidas, azulillos índigo, mosqueros, chotacabras, ampelis, herrerillos, y, a veces, alguna gaviota perdida de esas cuyas plumas usaban los indios shoshones a modo de emblemas sagrados. El sentido de la orientación de las aves migratorias plantea varias preguntas, como por ejemplo si está acaso ligado a cierta facultad para percibir sonidos o reverberaciones emitidas por las montañas y los océanos. Y si dichas preguntas se quedan sin respuesta es porque estas aves viven en otra dimensión, porque poseen un saber inimaginable para el ser humano. Porque vivimos «en un mundo más extraño de lo que podemos pensar».

Gracias a Sue Hubbell compartimos ese vértigo: el de los miles de ojos que la observan con una atención no menor que la de ella, y el de la presencia de esos «millones de organismos que metabolizan con ferocidad la tierra», los verdaderos dueños de sus dominios. Sue Hubbell sigue la estela de los grandes entomólogos del siglo pasado: Fabre, Maeterlinck o el reverendo Mac Cook. Sin embargo, Hubbell añade al saber y a la observación una cualidad humana que va más allá de la ciencia y que, podríamos decir, encarna su trascendencia. Ella se incluye en ese mundo que vive y vibra a su alrededor, con sus miedos y sus deseos. Cada momento de la vida en ese territorio la

atañe, estimula su memoria, su dolor, su pasión. Cuando oye el canto de las ranas, o cada vez que observa el vuelo nupcial de la abeja reina, cada vez que adivina la angustia de la madre del joven cervatillo localizado por sus perros, renace en ella el amor perdido y el instinto maternal que la poseyera antaño, ese «sentimiento violento y furioso» que la transformaba en osa.

«¿En qué lugar encajamos las mujeres maduras, una vez que la construcción del nido ha perdido su encanto?», se pregunta Sue Hubbell. Su libro es, en su totalidad, una respuesta a esa y a otras miles de preguntas que nos hace la vida. A menudo he soñado con un libro completo en el que cupieran los pájaros, los insectos volando en la luz matinal, las gotas atrapadas en las telarañas, el cielo cambiante según la estación, el olor de la lluvia y el murmullo del viento, las voces de los animales; un libro que me hiciera experimentar el calor del sol, la caricia leve de las plantas, un libro que atesorase los secretos visibles e invisibles del mundo, e incluso otras cosas tan extraordinarias y reconfortantes como la receta del pastel de caqui (que también se encuentra en este volumen). Un libro que me hiciera tan feliz como cuando en otros tiempos leía a Virgilio, junto al mar, a la sombra de los olivos (hoy en día sustituidos por edificios). Un libro en el que la poesía fuera como una respiración, en el que el lenguaje nos acercara su música. Creo que el libro de Sue Hubbell es ese libro.

UN AÑO EN LOS BOSQUES

La naturaleza salvaje ayudó

«Sé paciente con todo aquello que esté sin resolver en tu corazón e intenta amar las preguntas en sí mismas. No busques las respuestas, no se te pueden dar, pues no serías capaz de vivirlas. Y la clave está en vivirlo todo. Vive las preguntas ahora. Quizá, poco a poco, sin percartarte, vivas hasta llegar, un día lejano, a la respuesta».

Cartas a un joven poeta

Rainer Maria Rilke

AGRADECIMIENTOS

Un libro como éste es por fuerza obra de las muchas personas cuyas vidas han tocado la mía y me han ayudado a ver el mundo de forma singular. Sin embargo, hay unos cuantos a los que me gustaría dar las gracias de manera especial.

La pintura y la conversación de Linda Skrainka me ayudaron a enfocar las preguntas, y Steve Skrainka nunca permitió que me olvidase de que soy una escritora, aun cuando quería hacerlo. Linda Verigan, Mac Johnson y Steve Cox, mis editores, me entendieron mejor de lo que me entendía yo misma; sin ellos no habría tenido el valor de seguir escribiendo. Liz Darhansoff y Bil Gilbert me llevaron, arrastrándome entre protestas salvajes, a la imprenta. Y fue Brian Hubbell, con esa costumbre que siempre ha tenido de comprender lo que parece inefable, quien me transmitió la certeza de que las palabras correctas podían encontrarse. Marty Lightwood y Asher Treat leyeron el manuscrito en varias de sus fases e hicieron valiosas sugerencias.

Gracias a todos ellos.

También doy las gracias a Edith Negro, que se sentaba sobre las páginas acabadas y veía cómo de la máquina de escribir iban surgiendo otras frescas, pues sospecho que

hay algo profundamente mágico en tener un gato negro sentado sobre un manuscrito.

PRÓLOGO

En la fachada sur de mi cabaña hay tres ventanales que van desde el suelo hasta el techo. Me gusta sentarme en el sillón de cuero marrón durante el ocaso, en las tardes de invierno, y observar los pájaros posados en el comedero. Las ventanas fueron un regalo de mi marido antes de marcharse por última vez. Ya se había ido y había vuelto otras veces, y no estábamos convencidos de que aquélla sería la definitiva, aunque yo lo sospechaba.

Llevo viviendo en las montañas Ozarks, al sur de Misuri, doce años ya, y he pasado la mayor parte de ese tiempo sola. He aprendido a llevar un negocio de apicultura y producción de miel que comenzamos juntos; uno de esos negocios precarios y marginales, que nunca acabará de liberarme de las preocupaciones pecuniarias pero que me permite vivir en estas colinas que adoro.

Mi porción de las montañas Ozarks es impresionante. Mi granja se encuentra doscientos cincuenta pies¹ sobre un río rápido y hermoso, al norte, y un pequeño arroyo, cuyo curso está salpicado de cataratas, al sur. El arroyo y

¹ Un pie equivale más o menos a la tercera parte de un metro. (Todas las notas son del traductor).

el río se unen al este, así que podría decirse que vivo en una península. Los cincuenta acres² a espaldas de mi cabaña están cubiertos por un bosque secundario regenerado, del que saco la leña. El verano pasado, mientras cortaba madera, me encontré con un espléndido nogal negro, alto y recto, del que no despuntaban ramas que disminuyesen su valor como árbol para madera. No espero venderlo, aunque bastaría un solo nogal así de recto e inmaculado para sacar un buen pellizco, de modo que talé varios árboles a su alrededor para hacerle hueco. Su nombre botánico es *Junglans nigra*, «nogal negro del dios Júpiter», un nombre apropiado para un árbol de tamaña dignidad, y yo quería dejarle espacio.

Durante los últimos doce años he aprendido que los árboles necesitan espacio para crecer, que los coyotes cantan junto al arroyo en enero, que en el roble sólo se puede clavar un clavo cuando está verde, que las abejas saben más que yo sobre la fabricación de miel, que el amor puede convertirse en tristeza y que hay más preguntas que respuestas.

²Un acre equivale a poco más de cuatro kilómetros cuadrados.